

LO QUE LA SOCIEDAD DEMANDA

Jesús GARCÍA CALERO
Redactor jefe de cultura y espectáculos
del diario ABC

Quiero pedir perdón, lo primero, ante ustedes, porque, aunque debo agradecer la amabilísima invitación del Museo Naval y de la Armada para participar en este acto; también he de confesar que me encuentro superado entre gente de tanta experiencia en la mar, en la historia, la arqueología, en todas sus facetas, y en el derecho. Así que, perdón y gracias.

Me han convocado para que trate de transmitirles lo que la sociedad demanda en este caso que nos ocupa, la defensa del patrimonio sumergido. Sumergido en un olvido durante 200, 300 ó 400 años, pero no del todo olvidado, afortunadamente, como trataré de explicarles. Trasladarles lo que la sociedad demanda es una empresa muy difícil para cualquier persona, por motivos evidentes; yo no conozco a todos los integrantes de la sociedad, ni puedo saber cómo piensan. Los periodistas, ya saben, sólo somos sabios cuando reconocemos que de nada sabemos mucho, y tratamos de medir cada palabra antes de publicarla.

Contamos, o tratamos de contar —fíjense qué empeño—, lo que pasa. Para ello, hablamos con mucha gente; algunos son sencillos ciudadanos, y otros personalidades de la política, la diplomacia, la empresa o la milicia, que nos prestan una fuerza muy especial. La fuerza que nace de sus palabras, preocupaciones o certidumbres y que es, por así decir, eléctrica. Si hacemos bien nuestro trabajo, tratamos de convertir esa fuerza de la sociedad civil en energía limpia, lo más limpia que podamos, honradamente, porque esa fuerza ilumina un poquitín la plaza pública, el ágora, el lugar donde todos convivimos en sociedad. Y sólo traemos noticias cuando nos enteramos de algo que no se conocía bien, algo que normalmente alguien con poder desearía —al menos preferiría que no se sepa—. Con lo cual solemos gozar de críticas continuas, muy a menudo merecidas.

¡Y qué noticias!, ¡fíjense! Hay un dato estadístico: la sociedad demanda información, le gusta el patrimonio sumergido. Cada vez que hablamos de un galeón, de las aventuras o desventuras de sus tripulantes; cada vez que hacemos soñar a nuestros lectores con la circunvalación del mundo —o su conquista—, las visitas a nuestras *webs* crecen y las ventas de nuestros periódicos ascienden. Eso lo hemos medido durante los tres últimos años, especialmente, y es un dato incontestable: interesa. Así que lo primero que la sociedad demanda es información; quiere conocer esta parte de la historia de los españoles que, se enfrentaban a peligros que a nosotros nos aterrarían, que a mi me espanta tan sólo imaginar.

Batallas, naufragios, desgracias, victorias y derrotas, multiplicadas por los miles de marinos españoles que han navegado, forman constelaciones de

historias que podemos y debemos recuperar. Las constelaciones deben guiarnos como a ellos. Lo mejor de sus historias nace en este Museo Naval o en los Archivos, como el del Viso del Marqués. La historia, la verdad de los documentos, el relato de los hechos; con eso basta para hacer memoria y periodismo. Pero también nos esperan en el fondo del mar y, deberíamos ir allí con mucho respeto.

Pero digo que la noticia es la que alguien no desea que nos llegue, alguien que prefiere la oscuridad de la ignorancia a la luz de la verdad. Y eso ocurrió hace tres años. *Odyssey Marine Exploration* apagó los transponedores GPS de sus buques en el Estrecho para que no hubiese luz sobre sus actividades dañinas, sobre su expolio sin paliativos. Durante unas pocas semanas cargaron monedas, al menos de un lugar profundo, a sabiendas de que no debían hacerlo. Engañaron, abusaron de la confianza de todos. ¡Han mentido tanto!

¿Y cómo llegaron allí? Primero, para vergüenza de todos, se metieron en nuestros archivos, abiertos a la luz franca de quien quiere hacer ciencia. Pero de toda la actividad de *Odyssey* no ha surgido ningún conocimiento. Esto habrá que abordarlo algún día, no puede quedar así. Después trazaron un plan maestro: si todo iba como esperaban, nadie se enteraría. España es ya famosa por perder energías en debates estériles para la mejora de nuestros problemas. Lo bizantino era hablar del sexo de los ángeles con la ciudad sitiada. Aquí, nos gustan más cosas como la memoria histórica.

Por si fallaba su plan, trazaron un plan B: Consistía en lograr, por un lado, el apoyo del algún importante grupo mediático español, que los calificara de nuevos «Julio Verne», cuya tecnología rompía los límites del conocimiento (de algún modo grotesco fue verdad, rompieron más que eso), y, por otro, planificaron al milímetro la manera de jugar al gato y al ratón con nuestras autoridades, para lo que contaron con la ayuda estimable de los británicos, el Ministerio de Defensa británico. No voy a alargarme sobre estas conclusiones, que se basan en información de la que dispongo y, buena parte, he publicado ya en *ABC*.

Pero lo triste es que consiguieron ambas cosas cuando todo el mundo se enteró de lo que habían hecho. Si me permiten ser coloquial, a Exteriores le vendieron la burra de la cooperación para buscar el HMS *Sussex* y de paso engrasar la relación con la Roca. Gibraltar ha vivido intensamente este conflicto, que casi le ha otorgado derecho moral sobre las aguas en disputa.

A Cultura, la burra de una información privilegiada sobre los pecios del Estrecho, una información que no tiene España ni por patrimonio ni por la Armada, noticias de cientos de pecios comprobados por sus equipos. La burra de un futuro dorado —la nueva quimera del oro— para la arqueología patria. Aquí en España no tenemos terminado ni el mapa arqueológico.

A la Comunidad andaluza, que tenía la competencia sobre el patrimonio sumergido en la zona, la estuvieron distraendo con proyectos que nunca fueron arqueológicos. Y mientras esperaban la designación de técnicos que controlaran sus actividades a bordo de sus buques, los barcos de *Odyssey* comenzaron a realizar sus actividades sin inspección; actividades ilegales,

pero toleradas, permitidas vía fax a Fomento, a Tarifa, al *sunsun corda*, durante distintos periodos a lo largo de seis años. Y lo peor es que, los conocíamos, estábamos avisados por informes, decenas de informes de particulares, empresas, fuerzas del orden y Armada... Para nada.

Así que el periodista se pregunta con la sociedad, ¿estamos locos? Cualquier ciudadano vería en esto un acto fallido de nuestros gobernantes, un lamentable episodio de vergüenza para todos. Hemos sido ingenuos, provincianos, casi bananeros. Se han reído en nuestra cara, se han reído mientras nos reuníamos con ellos en nuestros despachos, y nos han enredado en marañas de discusiones competenciales nada bizantinas. Somos una democracia un poco adolescente.

Y se llevaron el tesoro, la prensa lo pudo conocer y se montó un escándalo que nadie esperaba. Mientras nos mareaban, se llevaron dos aviones desde el aeropuerto de nuestro supuesto aliado, que contribuyó al engaño. Y perdóneme la pregunta, que me hago más como ciudadano que como periodista: si en cinco semanas llenaron 2 aviones ¿qué hicieron durante seis años de operaciones en el Mar de Alborán donde sus barcos trabajaban en maniobra restringida? Eso es lo que se investiga ahora en los juzgados de La Línea en un proceso que sentará un importante precedente en Europa y del que, seguramente, habrán tenido ayer noticia en la conferencia jurídica de estas jornadas.

Los políticos son gente muy lista, y vieron en el escándalo una demanda social de dignidad, de defensa del patrimonio, que es de todos, y de mejores actuaciones (aunque mejorarlas no era difícil). Pero, a veces, los políticos son demasiado listos y quieren sacar tanto provecho que los árboles de su pelea no les dejan ver el bosque del servicio público eficiente. Por eso, pregunto: ¿qué demanda la sociedad desde hace tres años?

¡Nunca más! Es un buen resumen en dos palabras. Y lo hace porque del caso *Odyssey* —veamos siempre un lado positivo en el trauma— ha nacido la conciencia nacional, casi emocional, que antes no existía para el patrimonio sumergido y para el de tierra. ¿Y qué harán nuestros gobernantes ante esta oportunidad y esta demanda? Ya han hecho muchas cosas, con resultados diversos. Seamos prácticos y demos un somero repaso:

- Nació un libro verde de la Arqueología Subacuática.
- Nació un Plan Nacional de Arqueología Subacuática.
- Se firmó un convenio entre Cultura y Defensa.
- Se litigó en Tampa.
- Se hurtó el apoyo al juicio en La Línea.

El libro verde es un buen plan..., una hoja de ruta teórica, un marco casi espiritual; pero que para encarnarse necesitaría de una mentalidad práctica que no está expresada en el plan.

El Plan Nacional es un buen plan..., está a punto de nacer, pero su presupuesto no es «plan», si me permiten la broma. Oímos la cifra de medio millón de euros, que debe ser ratificada al alza en breve. Si lo comparamos con la digna minuta de dos millones de euros del abogado James Goold, que ha defendido a España en Tampa, estaremos de acuerdo en que es el mundo al revés.

El Convenio se firmó hace casi un año; pero a la Comunidad andaluza, entre otras, no le pareció bien cómo reflejaba su competencia y el texto se retiró, luego se cambió y renegoció a su gusto hace ya seis meses. Sigue inédito y los barcos de la Armada parados.

La negociación democrática no puede eximir de la urgencia de poner en marcha una política estatal. Eso sí lo demanda la sociedad y, hasta ahora, han sido incapaces de activarla. Sin los medios estatales ¿cómo puede si no investigar una Comunidad Autónoma pecios a mil metros? ¿Hay fórmula más eficiente, barata, positiva y moderna que organizarse con los medios que ofrece la Armada, que quiere cooperar en la defensa de su propia historia? Cualquier desconfianza en este punto es indigna de la empresa que tenemos delante.

En Tampa hemos ganado, ¡qué bien!, y casi les pediría un aplauso por ello.

Ahora es el turno de la justicia española: La Línea; con ella no colabora todavía el amigo de Gibraltar, como hoy mismo hemos leído en *La Gaceta*.

En definitiva, tenemos todos —no sólo los políticos— la oportunidad de cambiar de una vez por todas el olvido de la arqueología española del mar. Todos los países que fueron potencias marítimas históricas han excavado pecios y publicado importantes trabajos. Suecia, Francia, Dinamarca, Gran Bretaña..., no se detienen. Todos menos España, la primera potencia que circunvaló el mundo. No hemos excavado un galeón. Lo más cerca que estuvimos fue la excavación del pecio fenicio de Mazarrón, cuya investigación aún no se ha publicado de forma completa. Comprenderán que la sociedad se desespere con todo esto.

Por otro lado, no se ha justificado ni el ambiguo trato dado a *Odyssey* (tal vez nos impresionó su amistad con Londres) ni la poca acción que ha seguido al expolio. De acuerdo que, Tampa sentará un precedente importante; pero es que hay decenas de litigios por expolios de barcos españoles en los tribunales de EE.UU, en los que no nos podemos permitir personarnos con la digna minuta de dos millones de euros por caso.

¿Hasta dónde se ha explorado la posibilidad de acuerdos globales con otros Estados? ¿Cómo desarrollamos la arqueología en España, con excavaciones y publicaciones con empresas y universidades? Si no lo hemos hecho, no hemos estado a la altura de aquellos hombres que se jugaban la vida en nuestros buques..., ¡y no lo hemos hecho! Hay que rescatar sus historias, documentarlas y publicarlas, y no permitir, nunca más, que las hurguen los ladrones de tumbas.

La sociedad quiere intervenir. Mientras investigaba *Odyssey*, he conocido a jóvenes arqueólogos que emigran para formarse y dedicarse a la navegación asiática porque aquí no pueden trabajar. He conocido empresas con experiencia en las dragas de puertos públicos dispuestas a ayudar en la protección y excavación de pecios. Son jóvenes españoles, sobradamente preparados, a los que el Gobierno y los Gobiernos Autonómicos, lanzarían un gran mensaje de esperanza y trabajo en tiempos muy duros, económicamente hablando. Y la universidad está en dique seco, ¿cuántas cátedras existen de arqueología suba-

cuática? ¿Cuántas forman y bucean? La Armada también quiere formar en buceo a los arqueólogos. ¿A qué esperan para aprobarlo; no van biólogos y oceanógrafos a bordo del *Hespérides*, por qué no han de ir arqueólogos en barcos de la Armada?

Pero el Gobierno central bosteza, y las Autonomías padecen una negligente autocomplacencia. Es mi opinión, la que yo he podido contrastar, no vale más que la de muchos, pero deseo que la escuchen y la mediten. La Armada ha llegado, más recientemente, a conversar con Cultura y con las Autonomías sobre la necesidad de ponerse manos a la obra, y parece que no le han dado muchos ánimos resolutivos.

Es tanto lo que queda por hacer que ya hemos perdido demasiado tiempo. Y tanta preparación no ha servido para que se haga mejor. Si finalmente no se mejora la cifra de medio millón de euros de presupuesto significa que nadie ha pensado en realidad en la gravedad y la urgencia del problema. Los cazate-soros se deben reír, con carcajadas de viejo pirata; mientras apuran el último trago de ron, eso sí, en el bar de la bolsa de Wall Street. Son un *lobby* poderoso, y no sólo en América. Y no podemos volver a ser ingenuos con ellos. ¡Nunca más!

¡Qué buena conclusión: nunca más! España y su historia lo merecen.